

PERFIL HISTÓRICO DE BOGOTÁ

Jaime Jaramillo Uribe
Profesor de la Universidad de los Andes, investigador y
autor de numerosos estudios de historia social de la cultura.

La fundación de Bogotá y el nacimiento de la cultura santafereña. ¿Qué representó intelectualmente para nuestra ciudad la Expedición Botánica? El fenómeno humano del "bogotano" y el proceso de formación de una clase comerciante y una cultura burguesa. El original estilo de una gran ciudad.

LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

Al comenzar el año de 1537, meses después de un penoso viaje a través de selvas tropicales en que perecieron las tres cuartas partes de los expedicionarios, los hombres que comandaba el capitán Gonzalo Jiménez de Quesada llegaban a la Sabana de Bogotá, situada en el interior de la actual Colombia, a 2.650 metros de altitud. De ella dijo el poeta-soldado Juan de Castellanos, cronista de la gran epopeya:

Tierra de oro, tierra bien abastecida,
Tierra para hacer perpetua casa.
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa.
Tierra donde se ve gente vestida,
Y a su tiempo no sabe mal la brasa.
Tierra de bendición clara y serena,
Tierra que pone fin a nuestra pena.'



Llana, de clima suave, sin extremos de temperatura o humedad, surcada por numerosos ríos y riachuelos, cruzada por bosques claros y numerosas colinas, los españoles la denominaron Valle de los Alcázares. La región estaba habitada por los Chibchas, pueblo pacífico poseedor de una desarrollada cultura que ofreció al conquistador abundante mano de

obra para la agricultura, la ganadería y las primeras manufacturas.

El 6 de agosto de 1538, presidida por el fundador Jiménez de Quesada se hacía la ceremonia

¹ *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Canto IV, tomo II, p. 483, Bogotá: Ed. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1955.

oficial de fundación de la ciudad de Santafé, capital del territorio que el mismo conquistador denominó Nuevo Reino de Granada. Para erigir las 12 primeras casas se escogió el sitio de Teusaquillo, lugar provisto de agua, leña y buenas tierras para huertos y jardines, desde donde podía observarse todo el valle y era fácil la defensa contra los ataques de los indígenas. Corresponde en la ciudad moderna al actual barrio de La Peña, situado en un bloque urbano donde se cruzan la carrera la. con la calle 13. En torno a este sitio se formaría el núcleo de la ciudad colonial, hoy todavía visible en el llamado barrio de La Candelaria.

En 1540 el Emperador Carlos V le otorga el título de ciudad y ocho años más tarde se le concede el privilegio de armas y escudo que consisten en el águila negra rampante, con sendas granadas en las garras, coronada de oro sobre un campo azul. En 1549 se crea la Real Audiencia de Santafé y un año más tarde se instala el Supremo Tribunal con cuatro oidores, fiscales, alguaciles y porteros. En 1564 la ciudad es elevada al rango de Sede Arzobispal y en esta forma se convierte en centro de la administración civil y eclesiástica del Nuevo Reino.²

1 LA CIUDAD MESTIZA

En la segunda mitad del siglo XVII, llamada Santafé de Bogotá para diferenciarla de Santafé de Antioquia, la ciudad ha definido sus rasgos urbanísticos, su estilo arquitectónico y el carácter de sus habitantes. Sus templos y sus construcciones civiles son de una magnitud modesta. Sin grandes rentas y sin grades fortunas, lejana de los puertos y de los centros mineros, con un mestizaje avanzado que ha diluido la influencia de la cultura chibcha -de que había sido centro antes de la conquista-, tan discreta que para absorberla la nueva sociedad tampoco necesita vigorosas y patéticas formas como ha sucedido en México y el Perú, en Sante fé se ha plasmado un mesurado estilo barroco con mezclas

mudejares y renacentistas, observable en las mejores joyas de su arquitectura religiosa como San Francisco, San Agustín, Santa Clara y la Tercera.³

Para esta época la ciudad tiene también los primeros artistas nativos y los primeros escritores criollos con quienes asistimos al nacimiento de la cultura santafe-reña. Enrique Acero de la Cruz, los hermanos Gaspar y Baltazar de Figueroa, y el mayor de todos Gregorio Vásquez Arce y Ceballos, en la pintura; los maestros de San Francisco y San Agustín en la talla y la imaginería; poetas líricos como Francisco Alvarez de Velasco y épicos y satíricos como Hernando Domínguez Camargo; latinistas como Fernando Fernández de Valenzuela y Fray Andrés de San Nicolás. Teólogos y filósofos escolásticos, en fin, dan testimonio de su vocación humanística.⁴

Uno de los cronistas de la ciudad y del Reino, Don Juan Flórez de Ocariz, en sus *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, nos dejó una completa descripción de los que era Santafé de Bogotá hacia 1672:

La ciudad, dice el cronista, que es la metrópoli, cabeza de este reino, está dividida en tres partes: la principal, en medio de dos pequeños ríos, que por pasar junto a los conventos de San Francisco y San Agustín, tienen sus nombres. La otra parte la forman las parroquias de Las Nieves y Santa

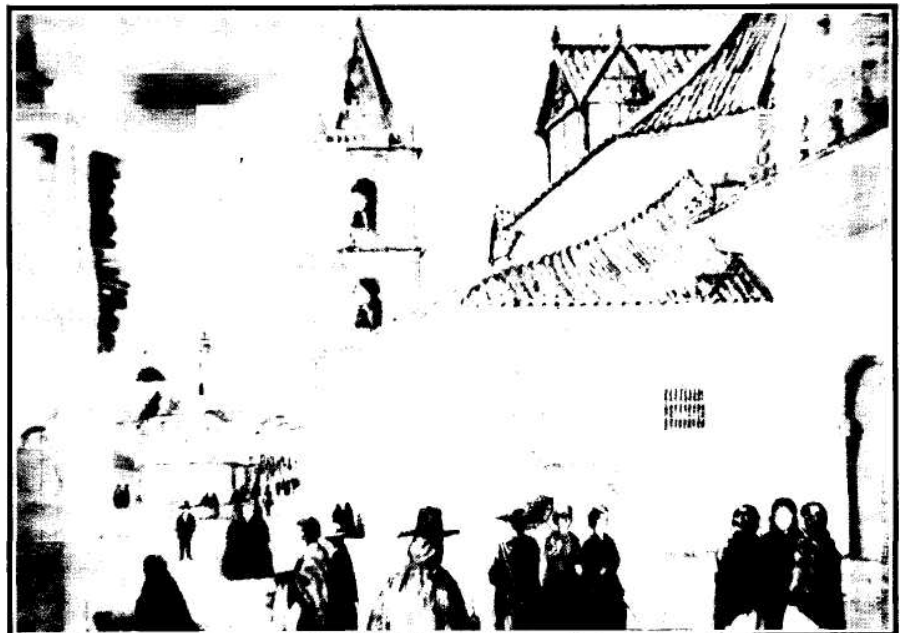
Bárbara, y como tercera la de San Victorino.

Tiene la ciudad convento de las religiones de Santo Domingo y San Francisco y de otras que han venido después, que son las de San Agustín y de sus Recoletos. La Compañía de Jesús dividida en dos casas de colegio y noviciado. La Recoleta de San Francisco con nombre de San Diego. Cuatro monasterios de monjas: el de

² Fray Pedro de Aguado, *Recopilación Historial*, 4 vols., tomo I, Bogotá, 1956. Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 9 vols., tomo II, Bogotá, 1953. Juan Friede, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá*, Bogotá, 1960. Carlos Martínez, *Santa Fé de Bogotá*, Buenos Aires, 1968, p.10 y ss.

³ Luis Duque Gómez, *Colombia: Monumentos Históricos y Arqueológicos*, México, 1955, vol. II, p.1 5 y ss. Franarco Gil Tovar y Carlos Arbeláez Camacho, *El Arte Colonial en Colombia*, Bogotá, 1967. Del mismo autor, *Santa Fé de Bogotá*, Buenos Aires, 1968.

⁴ José Manuel Rivas Sacconi, *El Latín en Colombia*, Bogotá, 1949. Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la Literatura Colombiana*, 4 vols, Bogotá, 1945-46. Juan David García Baca, Compilador, *Antología del Pensamiento Filosófico en Colombia 1647-1761*, Bogotá, 1955. Jaime Jaramillo Uribe, "Etapas de la Filosofía en Colombia" en *Entre la Historia y la Filosofía*, Bogotá, 1968.



Nuestra Señora de la Concepción, el de San José de Carmelitas Descalzas, de Santa Clara y el de las Dominicadas de Santa Inés del Monte Policiano. Tiene además tres parroquias sin la matriz, dos numerosos colegios de estudios seculares y otro de religiosos dominicos, hospital a cargo de la religión de San Juan de Dios, en que tiene convento. Casa de niños expósitos y divorciados. Cinco ermitas, 200 capillas oratorios de casas particulares. Estudios comunes de gramática, retórica, arte y teología, en las cuatro religiones y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en donde hay facultad de leer cánones, leyes y medicina. Dos academias en que se dan grados de las ciencias: la una a cargo de la religión de Predicadores, la otra a cargo de la Compañía de Jesús. Tiene así mismo esta ciudad un Tribunal de Real Hacienda desde sus principios. Otro de cuentas reales, fundado el año de 1607. Otro tribunal de la Santa Cruzada, desde 1609 y otro de Tributos y asogues de 1653.

Hay también juzgado de bienes de difuntos, de la justicia ordinaria, de la Santa Hermandad, del eclesiástico ordinario, de la Santa In-

quisición, de diezmos, de provincias, de ejecutorias reales, de la media anata, de papel sellado y de lo militar. Casa Real de Moneda en que se labra oro y plata y aparte oficina de fundición y ensayo. Y por lo tocante a la guerra, oficiales del sueldo, teniente de capitán general, maese de campo, comisario de caballería, sargento mayor y sus ayudantes, dos compañías de a caballo y cinco de infantería, con la que llaman de forasteros. Su cabildo tiene alférez mayores, provincial de la Santa Hermandad, alguacil mayor, depositario general y 15 regidores, y elige cada día de año nuevo dos alcaldes ordinarios y dos de la hermandad, un procurador general y un mayor-domo. Y a dos de enero seis alcaldes para fuera y otros oficios concernientes a la República. Y finalmente tiene lo demás que constituye un senado de ciudad lustrosa, cabeza de reino, que en sus salidas públicas lleva sus macecos con sus ropas talaras, carmesíes, que le introdujo el conador Juan Sologuren.

Cría esta ciudad lucidísimos ingenios para todas las ciencias y ministerios, de que haya consumado sujetos, insignes predicadores, famosos poetas, grandes

jinetes, mucha destreza en la esgrima, en la danza, en instrumentos músicos, y otros ejercicios honestos. Son sus criollos bien apersonados, prestos, agradables, despejados, valientes y sin dificultad para cualquier aplicación de asuntos, afables y socorridos con los pobres y forasteros, y reverentes del culto divino. Y el mujeriego hermoso, de buen donaire y distinción, y lenguaje con honestidad, piedad y religión.

Es lugar de mucho comercio y trato, de muy buenos caudales y con mucha gente ociosa, con ocasión de ser abundante y regalado el sustento por la fertilidad de la tierra para todas las familias naturales y extrañas y para ganados de todos los géneros. Es mucha la volatería y la cacería de perdices, tórtolas, patos y otras aves, y de venados, saínos o puercos monteses, concios, leones, tigres, osos y demás animales montaraces. El sitio ni se puede decir del todo enfermo ni sano, aunque tiene más de lo último. Goza de frutas naturales y de las de España y fuera más a ser menos la flojedad en la agricultura, y flores comunes todo el año, menos las rosas, que se ven por junio y diciembre; y se ve de ordinario en los árboles juntos flor y fruto en todas suertes.

Sus ríos, no los de la ciudad, sino otros cercanos, dan pescado regalado suficiente; y de los ríos apartados se trae salpreso seco o asado de varios géneros. Hay buenas aguas corrientes de manantiales, con que no se necesita de pozos y en muchas casas fuentes y estanques en huertas y jardines. Las calles son derechas de más de seis varas de ancho, con igual proporción cuadrada en sus

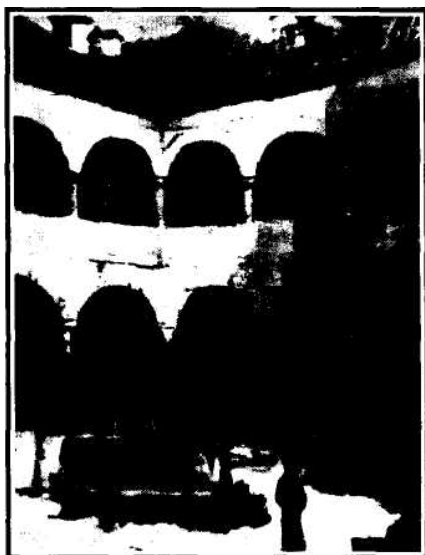


travesías, con que llaman lo que hay de calle a calle, cuadra, por ser de cuadro nivelado, y cada lienzo de medida de 125 varas de Castilla y el centro de la plaza mayor, de dos que tiene, es de 137 varas y sin la vecindad de españoles habrá 10.000 indios de todos sexos, así en toda ella como en los barrios separados⁵

LA CIUDAD VIRREINAL

El 27 de mayo de 1718, la Corona resolvió elevar la Audiencia del Nuevo Reino de Granada a la categoría de Virreinato. Pero ni el reino, ni Santafé, su capital, parecieron estar todavía preparados para asumir el nuevo papel. Seis años después, en 1723, era eliminado y el Nuevo Reino regresaba a la categoría de Presidencia. El 20 de agosto de 1739 era restablecido el Virreinato y llegaba a Santafé el primer virrey, don Sebastián de Eslava. La ciudad tendría entonces unos 15.000 habitantes. El autor del *Ensayo de Historia Americana*, Padre Salvador Gilij, que vivió y estudió en la ciudad en la cuarta década del siglo, comparándola con otras ciudades del Nuevo Reino y tierra firme, dice de ella:

La que tiene la primacía entre



todas <las ciudades> de Tierra Firme, no sólo por ser la sede del Virrey de la misma y de Quito, sino también por ser Metrópoli de un Arzobispo del cual dependen varios sufragáneos, es la gran ciudad de Santafé de Bogotá cuyos templos no sabría alabar nunca sufi-

cientemente, sino diciendo que nuestra Italia se sentiría digna de ellos. La mayor parte de este territorio o provincia tiene un aspecto tan bello que un europeo no puede dejar de admirarlo ya por el verde continuo de la tierra, ya por los varios ríos que la bañan. Vamos a hablar en seguida de dos bonitos riachuelos, de San Agustín y San Francisco, que corren a través de la ciudad. A la derecha hay otro llamado del Arzobispo, y otro a la izquierda que se llama Fucha. Más lejos, hacia el sur, está el Bosa; entre oriente y el norte, el Sopó, el Torca, el Tilapá, el Tinga, el Chicó, las Balsillas, las Ovejeras y algunos otros de menor importancia, pero todos al cual más al cual menos, de suficiente caudal de aguas. Pero el rey de los ríos de tan bella llanura es el Bogotá, que trae su nombre del monte Albarraçín a veinte leguas del Tequendama, del cual dijimos que se precipita junto con ellos. Todos pueden ver el placer y las ventajas que da a la capital tan noble cascada, a la cual se puede ir de prisa en medio día y cómodamente en uno entero.

Considerando solamente el aspecto material, hay que decir que Santafé no tiene muy buenos edificios. Tiene una extensión de cerca de a dos millas de largo por una de ancho, bien pavimentada, y dividida en tres parte por dos riachuelos que la atraviesan, el uno llamado San Agustín y el otro de San Francisco por los conventos cercanos a sus orillas. Para comodidad de la gente, sobre estos riachuelos hay cinco puentes pequeños de piedra. No se podía escoger un lugar más apropiado para la capital de Tierra Firme. Pero ya no podría alabar las casas que se construyeron a lo largo del tiempo, como lo hace Piedrahita al afirmar muy hiperbólicamente que son de piedra y ladrillo, cubiertas de teja y no inferiores a las de Castilla, con excepción de las reales y las principescas. Yo no creo que después de la publicación de la historia de este dignísimo hijo, el estado de Santafé haya disminuido, más bien ha crecido. Voy a decir lo que vi cuando estuve allí.

Las casas están cubiertas de teja y ésta es una ventaja cierta pero no exclusiva de Santafé y mucho menos para compararla con las ciudades de Castilla, cuando más con las del Orinoco y otros lugares semejantes. Hay casas de pura piedra, es cierto, pero su número es muy reducido en comparación con las de tapia pisada. Esto, por otra parte, no disminuye sus cualidades, pues los muros son bien derechos, estables y de buena duración. Creo que por motivo de los terremotos, esas casas son bajas como las de Caracas, fuera de las de algunos ciudadanos principales y de las de los religiosos que aunque tienen más de dos pisos, son de mejor estructura. Esto es más cierto todavía en relación con los templos, que para edificarlos parece que no han tenido en cuenta el gasto ni el peligro próximo o remoto de ruina.⁶

⁵ Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1943, p. 357 y ss. Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 1882, pp. 146-7.

⁶ Enrique Salvador Gilij, *Ensayo Historia Americana*, Bogotá, 1955, p. 379 y ss.

Al referirse al aspecto social de la ciudad y a su composición étnica, dice el padre Gilij:

Santafé, en mis tiempos, era muy celebre por otros aspectos. Sus ciudadanos, aunque los titulados <nobles> son muy raros, en su mayoría son ricos y descendientes de los conquistadores de aquellas tierras, de porte gentil y buen talento. Más de ellos se hacen notar los comerciantes, categoría allá muy respetable y rica. Los negros son pocos en comparación con las tierras calientes, pero hay gran cantidad de mestizos. Piedrahita dice que en sus tiempos la parte superior de la ciudad estaba habitada por diez mil indios. De ellos, agrega, ya no queda ni uno, fuera de los forasteros que han ido a la ciudad por negocios o para prestar algunos servicios. Los indios que él describió se han transformado completamente, al mezclarse en matrimonio con sus conciudadanos, y por este motivo siguen viviendo a través de los mestizos más numerosos y fuertes que antes.⁷

Con el establecimiento del Virreinato, Santafé empezó a renovarse. Recibió el aliento progresista de las administraciones Borbónicas. Los años que siguieron a 1750 fueron de cambios en la forma urbana, en las costumbres y en la cultura. La ciudad, sin embargo, no alcaizaba el ritmo de progreso de las otras capitales de América. Sus rentas municipales seguían siendo pequeñas para realizar mejoras en sus servicios. Sus ingresos y egresos en los años anteriores al 1750 nunca llegaron a los tres mil pesos. Sólo en 1785 tuvo un aumento significativo en sus ingresos, que llegaron entonces a 5.590 pesos, sobrepasando ligeramente a los egresos. En tales condiciones era natural que los progresos materiales fueran escasos. En efecto, el alumbrado, los servicios de agua, los transportes, la higiene pública, poco habían cambiado desde los comienzos del siglo. Algún Virrey dijo refiriéndose al estado del aseo, que en Santafé había cuatro agentes encargados de la limpieza de la ciudad: los gallinazos, la lluvia,

los burros y los cerdos.⁸

Desde el punto de vista cultural, la ciudad afirmó su carácter de primer centro del Virreinato y uno de los principales de América. En 1777 abrió sus puertas la Biblioteca Pública, organizada por el fiscal de la audiencia, el criollo Francisco Antonio Moreno y Escandón, autor de un plan de renovación de los estudios superiores en el Virreinato, elaborado con miras a incorporar en ellos las matemáticas y las modernas ciencias naturales. Iniciada con más de cuatro mil volúmenes que hicieron parte de las bibliotecas de los expatriados jesuitas, muy pronto llegó a tener 13.000 y algunas colecciones de manuscritos. Su primer bibliotecario, Manuel del Socoro y Rodríguez, fue también el fundador del primer periódico de la ciudad, el *Papel Periódico de Santafé* (1970).⁹

Pero el gran impulso de renovación intelectual apareció al fundarse la Expedición Botánica del Nuevo Reino en el año 1781, a cuyo frente estuvo el sabio naturalista español José Celestino Mutis. Con amplio apoyo financiero de la Corona, Mutis realizó un completo inventario de los recursos naturales del Reino. A su lado se formó un grupo de botánicos, mineralogistas, geógrafos, matemáticos y dibujantes como Francisco José de Caldas, Eloy Valenzuela, José Manuel Restrepo, Francisco Antonio Zea y muchos otros que además de las ciencias naturales introdujeron las nuevas tendencias del pensamiento ilustrado europeo en la filosofía y en las ciencias políticas. La obra máxima de la Expedición Botánica, la *Flora de Bogotá*, fue apreciada por Humboldt y Linneo como una de las grandes realizaciones científicas del siglo.¹⁰ Los últimos años del Virreinato aportaron pocos cambios al aspecto urbanístico de Santafé. En 1774 el Virrey Guirior ordenó dar nombre a las calles de los ocho barrios en que se dividía la ciudad y numerar las manzanas y las casas, pero la medida no tuvo efectividad entonces. La costumbre de poner número a las fincas urbanas y dar el

nombre de las calles parece que sólo se generalizó al comenzar el siglo XIX. Para esta época se iniciaron algunas obras de aliento como la construcción de la Iglesia Catedral, iniciada por Fray Antonio de Petrés, terminada en 1823 y gravemente averiada por el terremoto de 1827.

Al finalizar el siglo XVIII, la ciudad

⁷ Ibid., p. 382.



⁸ Eduardo Posada, Ed. *Relaciones de Mando de los Virreyes*, Bogotá, 1906.

⁹ Guillermo Hernández de Alba, *La Biblioteca Nacional, Bogotá: Ed. Instituto Caro y Cuervo*, 1971.

¹⁰ Florentino Vesga, *La Expedición Botánica*, Bogotá, 1936. Jaime Jaramillo Uribe, *El Pensamiento Colombiano en el Siglo XIX*, Bogotá: Temis, 1967. "Historia de la Universidad en Colombia" y "Tres Etapas de la Cultura" en *La Personalidad Histórica de Colombia y Otros Ensayos*, Bogotá, 1977.

tendría 20.000 habitantes. Comprendía 195 manzanas con 4.517 casas, poseía cuatro plazas, y cinco puentes cruzaban sus dos ríos, el San Francisco y el San Agustín. Estaba dividida en ocho barrios y cuatro parroquias que agrupaban 13 conventos y 31 iglesias, capillas y ermitas. El alumbrado era casi inexistente; el agua potable se obtenía de cuatro pilas situadas en la Plaza Mayor, San Francisco, Las Nieves y San Victorino, alimentadas por un acueducto descubierto. De ahí era distribuida por las *aguateras* y *aguateros* en grandes vasijas de barro. El aseo seguía tan primitivo como en los años anteriores y sólo existían cinco coches, el del Virrey y el del

Arzobispo, y los del Marqués de San Jorge, don Pantaleón Gutiérrez y la familia Vergara.¹¹

LA CAPITAL DE LA GRAN COLOMBIA

Pasada la Guerra de Independencia, Santafé de Bogotá, que por disposición del Congreso en 1819 se llamará simplemente Bogotá, se convierte en el centro de la vida política e intelectual del nuevo estado. La ciudad posee una brillante élite formada en las pos-trimerías del Virreinato, educada en las obras de los ilustrados españoles y de los enciclopedistas franceses. Ha formado un tipo humano, el bogotano, expresión de una cultura añeja y madura, cuyo representante típico es don Antonio Nariño, hábil político, orador elocuente, periodista ágil que maneja la sátira y la burla con maestría desde las columnas de su periódico *La Bagatela*. Dirigida por juristas, letrados y teólogos, su población dará desde los comienzos de la era republicana muestras de una sensibilidad política, civilista y democrática que el pueblo de Bogotá refrendará en sucesivas etapas de su historia. Resistencia a los intentos dictatoriales del Libertador en 1828; resistencia a la dictadura del General Melo en 1854; a la del General Mosquera en 1866, para referirnos sólo a la vida política colombiana del siglo XIX.

Roto el aislamiento colonial, Bogotá se abre al contacto con el mundo exterior. Los bogotanos viajan a Europa y los Estados Unidos y la ciudad comienza a recibir la visita de diplomáticos, agentes comerciales y aventureros que buscan negocios y oportunidades lucrativas. Pero sigue siendo tradicionalista y recoleta, y su ritmo de cambio es lento. Los numerosos viajeros que la visitaron en las décadas que corren entre 1820 y 1850, nos dejaron vividas descripciones de lo que todavía eran sus costumbres, su vida social y su carácter urbano.

La más completa fué, quizás, la de August Le Moyne, diplomático francés que vivió en la ciudad once

años, desde 1829 hasta 1840. Comienza Le Moyne describiendo su paisaje y el de la alta sabana en que se halla ubicada:

Bogotá es triste, dice, tanto de lejos como de cerca, pues sus alrededores están desprovistos de árboles que pudieran ocultar, hermoseándola, la monotonía de las laderas desnudas de las montañas que la enmarcan, cuyos tintes grises y sombríos se confunden con los de las pesadas techumbres de teja que tienen todas las casas; además, la entrada principal de la ciudad, lo mismo que todas las demás, está rodeada de casas de mezquino aspecto. La región tiene una alternancia de estación seca y estación lluviosa. Los más hermosos días son los de diciembre, enero y febrero. Durante los meses de lluvia se sienten los efectos desagradables de la humedad y contra lo que debiera esperarse no existe en sus casas la chimenea y ni siquiera se usa el brasero español. La arquitectura de la ciudad, si se la compara con la de México o Lima, resulta tan gris como el paisaje. Las cuatro quintas partes de las casas son excesivamente bajas y no constan más que de un entresuelo; su aspecto por fuera es muy poco seductor, pues en primer lugar parecen como aplastadas por el peso de las techumbres de teja que tienen muy poco declive y que sobresalen desmesuradamente de las fachadas; porque además las ventanas están provistas de gruesos barrotes de madera o hierro. Las casas que se distinguen por su altura no tienen más de dos pisos y en este caso llevan, a lo largo de toda la fachada, un gran balcón sobre el cual se prolonga el tejado a manera de sobradillo. Todavía en 1829 había muy pocos cristales en las ventanas y estos eran reemplazados por cuadros de telas de algodón o de muselina.¹²

Por lo general, continúa Le Moyne, las casas de Bogotá están edificadas sobre terrenos de gran extensión y tienen varios patios; antes de entrar al primero, hay que pasar por un vestíbulo llamado zaguán, a cuyos lados corren uno o dos bancos de piedra en los que se



¹¹ Daniel Ortega Ricaurte, *Casas de Santa Fé de Bogotá*, Bogotá, 1959, p. 18.

¹² Augusto Le Moyne, *Viajes y Estancias en América del Sur. Nueva Granada*, Bogotá, 1945, p. 114 y ss.

sientan los mendigos en espera de que se les distribuyan las limosnas o la pitanza que se les da en muchas casas con un amplio espíritu de caridad. Las paredes de estos vestíbulos suelen tener pintadas guirnaldas de flores o imágenes de San Cristóbal. Al primer patio dan las habitaciones principales de la casa y tienen, como los de los conventos una o dos galerías superpuestas, según que sean de un piso o de dos. La afición a estas galerías se justifica por las grandes ventajas que ofrecen para el servicio interior en época de lluvias o para pasearse cuando no se puede salir a la calle. Los otros patios sirven para los quehaceres ordinarios de la casa o para tener los caballos y animales domésticos y también para depositar las inmundicias, pues pocas son las casas que tienen alcantarillado o pozos negros.

No sólo son modestas las construcciones, también lo son el mobiliario y las costumbres de los habitantes. En las casas de la pequeña burguesía, dice Le Moyne, el mobiliario es de una sencillez que guarda relación exacta con el estado poco adelantado de la ebanistería.

Mollien, otro observador francés de la época, atribuye el fenómeno



al bajo nivel de las fortunas:

Un ejemplo es el mobiliario de la sala donde se reciben los visitantes. Generalmente consta de dos mesitas colocadas simétricamente en los extremos de la habitación, un canapé forrado en tela de algodón o cuyo asiento es una piel de toro, unas butacas y unas sillas de madera ordinaria talladas, cuyos asientos y respaldos están provistos de cuero curtido. Se agregan dos o tres espejos, otras tantas lámparas pequeñas, colgadas del techo y algunas estampas de gusto anticuado. En la alcoba, la cama que lleva por encima un baldaquín, está adornada con cortinas de muselina. En las casas más elegantes se suelen ver sofás y sillas de los Estados Unidos. El armario es un mueble sumamente raro y se reemplaza con baúles y cofres. El piso de las habitaciones no está entablado sino enladrillado, cubierto con esteras tejidas por lo indios. En las casas de propietarios de alguna fortuna las esteras indígenas comenzaban a reemplazarse por alfombras importadas.¹³

Las cocinas presentan un ambiente particularmente primitivo, muy en armonía, observa Le Moyne, con la calidad de la comida. Hay en ellas una piedra ancha para moler el cacao y los granos. Dos o tres piedras colocadas en el suelo sirven para hacer el fuego y colocar las ollas de hierro o barro para hacer el puchero. A esto se agregan una parrilla y una sartén para los fritos y asados, unos cántaros y una paila de cobre para elaborar los dulces. A veces se puede agregar un horno pequeño. Las cacerolas suelen ser muy pocas y casi no se conocen. La comida corriente suele consistir en alguno de estos platos: carne cocida con mazorca de maíz, plátanos, yucas y diversas legumbres; un guiso de cordero o cerdo, aves asadas o fritas, huevos fritos o en tortilla, todo aquello acompañado de mucha cebolla.

pimientos y tomates. Muy frecuente es la mazamorra, que es una sopa hecha de harina de maíz, azúcar, miel y un sin número de dulces y compotas. Se come muy poco pan y este se hace mezclado con huevo. La bebida, además del agua, es la chicha, especie de sidra hecha con melaza y maíz fermentado. El vino es bebida de lujo que se bebe muy poco porque además de ser caro está considerado como pernicioso.

La vajilla casi siempre provenía de los Estados Unidos o de Inglaterra. Las cucharas, cuchillos y tenedores son de quincallería; de plata lo único que se se ha vulgarizado son los vasos y copas. Los bordes del mantel, observa el cronista, suelen servir para limpiarse la boca y las manos, pues a nadie se pone servilletas. Esta es la dotación de las casas medias. Hay familias que han introducido en el modo de vivir algo de lujo de Europa. Un francés o un inglés vuelve a encontrar aquí costumbres que difieren muy poco de los usos de la mejor sociedad de sus países.

Las calles poco habían cambiado desde la Colonia. Mal pavimentadas, la parte central recibía las aguas negras, pues se carecía de alcantarillado. La más concurrida, y centro de actividad comercial, era la Calle Real. Según la descripción de Le Moyne, la mayoría de las tiendas eran oscuras y mal presentadas. Las mercancías, puestas generalmente sobre el suelo, se componían de los objetos más diversos, pues la especialización en géneros específicos (o determinados) era desconocida, de manera que en ellas se daban cita

¹³ Mollien, *Viajes por la República de Colombia en 1823, Bogotá*: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, p. 180 y ss

la mujer más elegante que buscaba objetos de lujo y las más humildes gentes del pueblo que solicitaban baratos cachivaches.¹⁴

Como en el país, observa el mismo viajero, no hay prejuicios sobre el ejercicio del comercio, algunas de las personas que se dedican a él ocupan al mismo tiempo altos cargos oficiales en el gobierno. Por ejemplo, agrega, en 1830 conocí al doctor Borrero, persona que había sido Presidente del Congreso, Ministro de Relaciones Exteriores y que al día siguiente de haber presentado la dimisión de este último cargo vendía en su tienda telas midiéndolas él mismo con la vara en la mano. Además de negocios comerciales las tiendas del Bogotá de entonces eran sitios de reunión social donde se hablaba de política, negocios y literatura. Algunas de esas tertulias, como la del almacén de don Ricardo Carrasquilla, llegaron a ser famosas porque desde ellos se dirigía la política nacional.

La plaza mayor seguía siendo el gran centro de actividad comercial y social. En ella estaba la Catedral y capilla anexa del Sagrario, depositaría de grandes

obras de arte como su sagrario y algunas de las más representativas obras del pintor colonial santafereño Gregorio Vásquez; también quedaban allí los correos, la casa de la aduana, varios tribunales y el Consejo de Estado. Pero el más importante sitio de ella era el *altozano*, una amplia terraza frente a la Catedral, frecuentada todos los días de cuatro a seis de la tarde por el mundo social, literario y político de la ciudad.

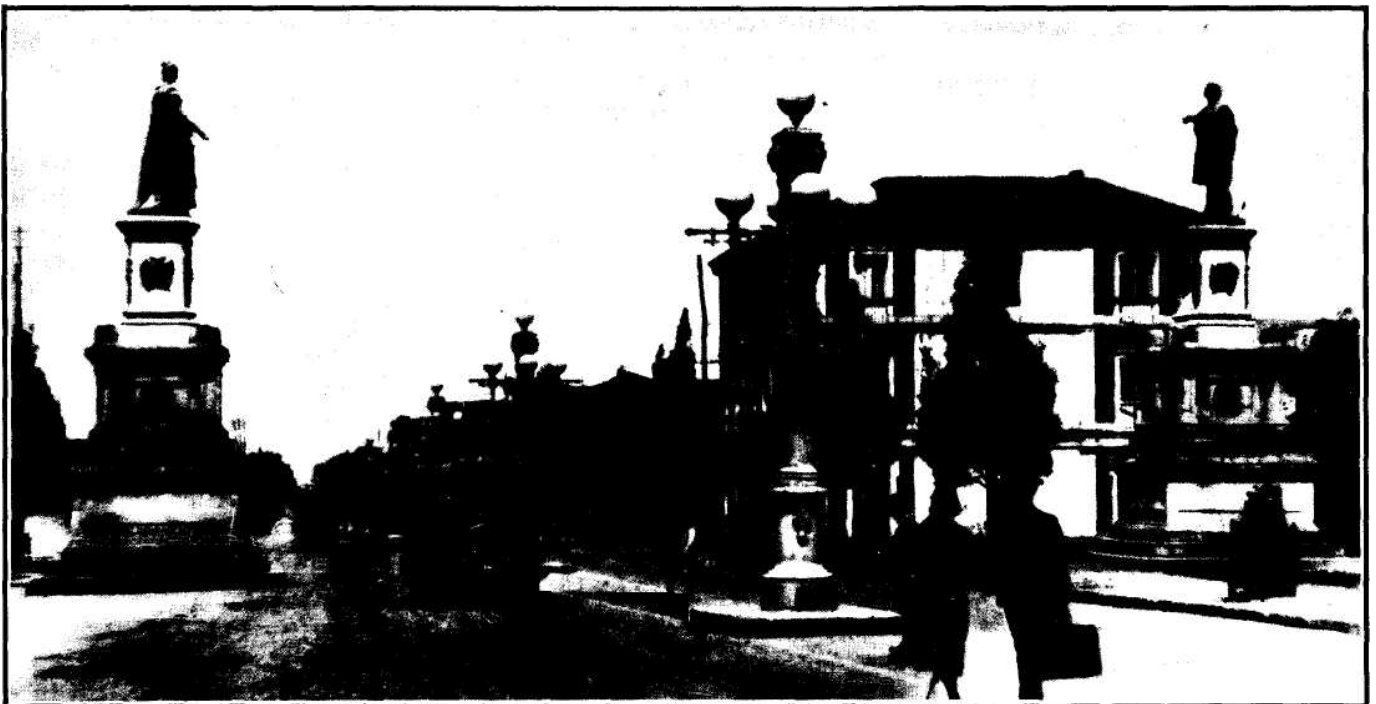
En las décadas que van de 1830 a 1850, Bogotá era una ciudad de transición. Las influencias europeas, especialmente la francesa y la inglesa, ganaban ascendencia en el campo de las ideas y las costumbres de la clase dirigente. Con los libros de Bentham, de Juan Bautista Say y de Tocqueville, aparecían las carreras de caballos, los vestidos, los textiles y las alfombras de procedencia inglesa y francesa. "Soy de los que ven con profundo sentimiento desaparecer los tipos de traje de Bogotá, decía Le Moyne, ante la importación de modas francesas, que si bien significan para nuestros comerciantes y modistos pingües ganancias, son en cambio desfa-

vorables para los turistas y para el artista que va siempre al extranjero en busca de las cosas que proporcionen un atractivo distinto de los usos y costumbres casi uniformes de nuestro mundo europeo".¹⁵

La ciudad hacía también esfuerzos por cambiar su fisonomía económica. El gusto por los negocios y la iniciativa industrial aparecían en un medio acostumbrado a obtener sus rentas de la agricultura, la burocracia y el comercio. Al amparo de la política de protección preconizada por el General Santander y de los monopolios ofrecidos por el gobierno, aparecieron fábricas de loza, vidrio, tejidos, papel, hierro y otras manufacturas. Con excepción de las de loza, hierro, vidrio y tejidos.

¹⁴ Le Moyne, op. cit., p. 125 y ss.

¹⁵ Ibid., p. 146 y ss.



mayoría de ellas tuvieron corta vida o no llegaron a funcionar. La clase empresarial bogotana era todavía inmadura y los capitales débiles.¹⁶

El norteamericano John Stewart, que anduvo promoviendo empresas en 1836, se lamentaba de los obstáculos y de la mala suerte que tuvieron algunos proyectos.

La fábrica de cristales, dice, fue planeada como para funcionar en París; la de papel, está paralizada; la de tejidos de algodón fue proyectada con una maquinaria costosísima de imposible transporte en este país. La de peines y sombreros podría producir para un mercado varias veces mayor. Tampoco es abundante y eficaz la mano de obra artesanal. En Bogotá, dice el mismo observador, no hay sino buenos y numerosos sastres, pero su obra es ordinaria y barata, tan barata como en New York. No hay sino un buen zapatero, Mr. Michael, un americano que cobra 10 dólares por unas botas wellington. Los demás son zapateros populares que ven-

den sus productos a 2 dólares. Los carpinteros son malos y dotados de pobres instrumentos. Bogotá, agrega, es sólo un mercado para cacharros.¹⁷

LA CIUDAD ROMÁNTICA

Los años que siguieron a 1850 fueron años de transformaciones sociales, políticas y económicas para Colombia, y Bogotá no fue ajena al proceso de cambio. El país rompió bruscamente con la tradición colonial y vigorosas influencias inglesas y francesas se hicieron sentir en sus instituciones, su vida intelectual y sus costumbres. Durante el gobierno del General José Hilario López (1849-1853) se dio libertad a los esclavos, se liberalizaron la economía y la organización fiscal, eliminando monopolios, suprimiendo impuestos tradicionales y practicando una política de libre cambio en el comercio exterior. En el orden político se estableció la libertad absoluta de prensa, se concedió el sufragio universal sin restricciones, se decretó la separación de la Iglesia y el Estado y se

expulsó del territorio nacional a los padres jesuitas. Para el ejercicio de las profesiones se eliminaron los títulos universitarios, considerados entonces como una forma de monopolio.¹⁸

La élite intelectual de Bogotá fue el agente activo de tales transformaciones. La vida política y cultural adquirió entonces una vivacidad sin precedentes, gracias a la multiplicación de la prensa y al intenso contacto con Europa, especialmente con Francia. Las ideas románticas del 48 y las nuevas ideologías políticas como el socialismo de Blanc y Proudhon, el republicanismo de Lamartine, el filantropismo de Hugo y el anticlericalismo de Sue, se difundieron ampliamente en la juventud neogranadina, particularmente en los medios universitarios y artesanales. La prensa bogotana tuvo entonces uno de sus períodos más florecientes. Periódicos como *El Neogranadino*, *El Tiempo*, *La Noche*, *El Día*, reproducían los discursos de los líderes republicanos franceses y editaban los libros de los economistas y pensadores políticos de Inglaterra y Francia. Bogotá fue también en esta época la cuna de los partidos políticos colombianos. Federalistas y centralistas de los años de la Independencia, bolivarianos y santanderistas después, en 1850 se perfilan sus orientaciones y toman los nombres definitivos de Liberales y Conservadores.

La estructura social de la ciudad cambiaba igualmente hacia mediados del siglo. El desarrollo económico había producido una clase comerciante y una naciente



¹⁶ Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia*, Medellín, 1955, p. 143 y ss.

¹⁷ John Stewart, *Bogotá in 1836-37*, Nueva York, 1838, p. 141 y ss. En el mismo sentido se expresaba el viajero norteamericano, Coronel W. M. Duane, en su libro *A Visit to Colombia in Ten Years, 1822-1823*, Filadelfia, 1826.

¹⁸ Sobre estos aspectos de la historia económica, social y política, ver Ospina Vásquez, op.cit.; Gerardo Molina, *Las Ideas Liberales en Colombia, Bogotá*, 1970. Jaime Jaramillo Uribe, *El Pensamiento Colombiano en el Siglo XIX*, Bogotá, 1967.

cultura burguesa. Liberal en materias económicas "y políticas, informada del pensamiento científico de la época, afrancesada y anglicada en sus hábitos de consumo, en su actitud positiva ante el progreso técnico y en su laxitud religiosa, la emergente burguesía bogotana produjo tipos representativos y familias como los Camacho Roldán, los Samper, los Wills, los Pereira Gamba, los Cuervo, los Montoyas y Sáenz de Santamaría, que llevaron su influencia a la sociedad y a la política de la capital y de todo el país. Por otra parte, las viejas familias, descendientes de los antiguos funcionarios coloniales, terra-tenientes o militares de la gesta emancipadora, apegados a las costumbres de antaño y a la cultura española, católicos ortodoxos influidos por el pensamiento francés de los *ultras*, formaron el núcleo de las fuerzas conservadoras agrupadas en torno a figuras intelectuales como José María Torres Caicedo, José Manuel Groot, Vergaray Vergara, José Eusebio Caro, Mariano Ospina Rodríguez y más tarde alrededor del más conspicuo de todos, el vigoroso pensador político Miguel Antonio Caro.

La ciudad fue también el foco de irradiación de un activo movimiento artesanal. Sastres, carpinteros, zapateros, herreros, aguadores, pequeños burócratas se agruparon en torno a las Sociedades Democráticas y las Sociedades Populares, de orientación medio liberal, medio socialista y cristiano-románticas las primeras; católicas y conservadoras las segundas. Las *Democráticas*, que llegaron a contar varios millares de miembros, participaban por igual en organizaciones gremiales, centros cívicos de educación, y eran además activos defensores de las numerosas pequeñas industrias existentes en la ciudad y en el país frente a las tendencias librecambistas dominantes en la política oficial de la época. Constituyeron el soporte de las reformas



del 50 adelantadas por el General López y rindieron su última jornada al respaldar el golpe de estado del General Melo el 17 de abril de 1854. La deportación de varios centenares de ellos a Panamá y la decadencia del grupo producida por la política del libre cambio que seguía afianzándose, clausuró una década de conflictos políticos y sociales que habían sido especialmente violentos en la capital del país.¹⁹

Del aspecto urbano y social de la ciudad de 1850, nos habla Salvador Camacho Roldán en sus *Memorias Autobiográficas*:

No era el Bogotá de 1850, como es hoy -decía el memorialista en 1880- el principal centro de cultura de nuestro país. Cartagena y Popayán parece que eran entonces ciudades más importantes. En la

ciudad sólo la calle de la *Carrera* daba testimonio, por algunas casas de gran estilo, de que en ella habían vivido familias acomodadas. El caserío, en los años 1840 a 1848, era muy inferior a lo que es hoy, y tal vez no había diez casas cuyo arrendamiento fuera superior a cincuenta pesos mensuales. Entre las de diez y veinticinco mil pesos vivían las nueve décimas partes de las familias bogotanas y el servicio que bastaba en esos tiempos se componía de las siguientes piezas: una sala de recibo, tres o cuatro alcobas estrechas, comedor casi siempre oscuro, cuarto para criadas, cocina, despensa y a lo

¹⁹ Ver nuestro ensayo, "Las Sociedades Democráticas y la Coyuntura Histórica de 1848" en *La Personalidad Histórica de Colombia*

“la gran mayoría de los colombianos cultos desconoce el sentido de las ciencias, careciendo de entendimiento para ellas. No obstante, fingiendo el más vivo interés, no tienen inconveniente alguno en participar en las discusiones sobre tópicos de toda clase, a pesar de desconocerlos...”

más una carbonera, dos patios y un gran solar. No eran frecuentes las casas provistas de agua corriente, excusados y caballeriza. Su valor fluctuaba entre mil y diez mil pesos y en este último caso se refería a las casas de un piso en las calles más frecuentadas de la ciudad. La construcción de viviendas cómodas y elegantes tomó algún vuelo con la llegada del arquitecto inglés, señor Tomas Reed, quien vino al país traído por el General Mosquera y fue autor de los planos del Capitolio Nacional. El servicio municipal era casi nulo. No había enlosado en las aceras de las calles, excepto en las tres del comercio; faltaba empedrado en muchas; el agua de los caños, que corría por la mitad de ellas, se encargaba de arrastrar a los ríos San Francisco y San Agustín las basuras de las casas y se regaba a uno y otro lado for-

mando pozos pestilentes que embarazaban el paso; no había alumbrado sino en las tres del comercio y eso de tal naturaleza que sólo servía, como en España, para hacer visibles las tinieblas.

El desaseo de las calles y la enormidad de los muladares no dejaba nada que desear. Cuando en 1850 invadió el cólera a Bogotá, y con ese motivo se pensó en algo de limpieza, en pocos días fueron extraídas 160.000 carretadas de basuras para abono de los potreros de la Estanzuela y Aranda. No había carros y otros medios de transporte sino los mozos de cordel. Cuando merced a los trabajos de Mac Allister, Thompson y Moncrefs, los primeros fabricantes de carros, empezaron a emplearse estos en las calles, quedaron sin trabajo los mozos de cordel. Una parte de ellos se tornó en pordioseros y el resto tomó el oficio de carreteros o peones de hacienda. A este respecto debe recordarse que la mendicidad era rasgo distintivo de las poblaciones españolas y sus descendientes en América, como aún es eminente en Bogotá, pero en los años de 1840 a 1850 había llegado a ser insoportable. Algo mejoró esta situación con tres acontecimientos que reanimaron un tanto las industrias y la agricultura: la construcción de la carretera de occidente; la introducción de la papa tuquerreña, más productiva y libre de la enfermedad de la mancha; y la propagación del trigo barcino, menos expuesto que las semillas antiguas al polvillo. La prostitución descarada y el contagio de las enfermedades venéreas, era otro lunar triste de la población bogotana.²⁰

LA ATENAS SURAMERICANA

En las décadas del 60 al 80, la ciudad adquirió un ritmo más rápido de cambio, a pesar de las guerras civiles que conmovieron la nación. Beneficiada con el auge de algunas industrias de exportación como el tabaco, cuya produc-

ción mayor se hallaba en las cercanas plantaciones de Ambalema, en sus clases dirigentes urbanas y rurales se fue transformando el gusto y mejorando el nivel de los consumos. Algo semejante ocurría con los servicios públicos de la capital. Al finalizar el año de 1865 se produjo la instalación del telégrafo eléctrico, pero sólo en 1883 se construyó el primer acueducto de tubería metálica. Hasta esa fecha la provisión de agua se hacía como en los tiempos de la colonia, de los innumerables chorros y pilas que tenía la ciudad. Por lo demás, su estilo urbano seguía siendo el de una ciudad mestiza de arquitectura hispanoamericana, trazado y aspecto general semejante al de las ciudades andinas del Continente, en cuya composición demográfica el elemento indígena había tenido parte considerable y, en cambio, faltaba la contribución del inmigrante europeo. Algo semejante a Lima, Quito o Ciudad de México. El geógrafo alemán Alfred Hettner, que la visitó en 1833, decía de ella:

Aún en relación con el número de sus habitantes (80 a 90 mil) con esas calles estrechas, que no sirven para el tráfico de carros y que en el centro todavía llevan los caños de desagüe, con una mala iluminación, con los miserables ranchos de los suburbios y con todo su carácter, Bogotá da mucho más la impresión de una pequeña ciudad no europea que la mayoría de las capitales de los países suramericanos.²¹

Más a pesar del lento cambio de la civilización material, Bogotá conoció en este lapso una de las épocas

²⁰ Salvador Camacho Roldán, *Memorias sobre Bogotá*, Bogotá, 1942, vol. I, p. 137 y ss.

²¹ Alfred Hettner, *La Cordillera Oriental de Colombia*, Bogotá, 1966, p. 275.

más brillantes de su vida intelectual. La prensa, la educación y las tertulias literarias florecieron como nunca. Reanimada la vida universitaria con la reapertura de la Universidad Nacional en 1867, la ciudad reafirmó su carácter de guía intelectual de la nación. Los estudios matemáticos, la ingeniería y las ciencias naturales florecieron con figuras como Julio Garavito Armero, Indalecio Liévano y Luis Lleras Triana; la química con Liborio Zerda y Manuel Ancízar; la filosofía con Rafael María Carrasquilla, Ricardo de la Parra y Rafael María Galán; el ensayo y la polémica política con

figuras como Rafael Núñez, Carlos Martínez Silva, Carlos y Jorge Holguín, Santiago Pérez, José María y Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán. Pero fue en el campo del humanismo y la literatura donde la tradición de la ciudad alcanzó sus mejores frutos. José Asunción Silva, Rafael Pombo, Diego Fallón, en la poesía lírica; Eugenio Díaz y Jorge Isaacs en la novela; José María Vergara y Vergara y José Manuel Groot en la historiografía. En la filosofía y en el campo de los estudios clásicos se produjeron tres figuras descolantes: Miguel Antonio Caro, latinista, filólogo, filósofo y pensa-

dor político; traductor de Virgilio y de Horacio, autor de varios volúmenes de estudios gramaticales, lingüísticos y críticos. Rufino José Cuervo, considerado el mayor lingüista del mundo hispánico en su tiempo, autor de las *Apuntes Críticas sobre el Lenguaje Bogotano*, iniciador del monumental *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, precursor de los estudios lingüísticos modernos en el ámbito hispanoamericano con sus ensayos *El Castellano en América* y *Castellano Popular y Castellano Literario*. Ezequiel Uricoechea, finalmente, etnólogo, lingüista e historiador que llegó a ser profesor de árabe en la Universidad de Bruselas y murió prematuramente en Beirut en desarrollo de sus labores científicas. No sin razón algún observador extranjero llamó entonces a Bogotá la *Atenas Suramericana*.²²

En sus *Notas de Viaje*, el escritor argentino Miguel Cañe, que llegó a la ciudad en 1881 como representante diplomático de su país, describía así el ambiente intelectual bogotano de la época:

He dicho ya que el desenvolvimiento de la ciudad bogotana es de una superioridad incontestable. Es la tierra de la poesía; desde el hombre del mundo, el político, el militar, hasta el humilde campesino, todos tienen un verso en los labios. Si esto es la generalidad, es fácil concebir la altura de los grandes poetas colombianos. No quiero hablar del pasado, pero no puedo resistir al deseo de recordar aquí los hombres cuya mano estreché con una invencible mezcla de respeto y cariño: Rafael Pombo, Diego Fallón; José Manuel Marroquín en quien vencer las mayores dificultades del verso, sea en la forma, la transposición o en la rima, para



²² Sobre el movimiento literario y científico en este período, ver Antonio Gómez Restrepo, op. cit., vol IV, Bogotá, 1946. Antonio Cuisio Alumar, *La Novela en Colombia*, 1957. Batanan, Duque Gómez y otros. *Apuntes para la Ciencia en Colombia*, Jaime Jaramillo Uribe, Ed., Bogotá: Colciencias, 1971.

derramar en él la gracia, la ironía y el chiste, es un verdadero juego. José María Samper que ha escrito seis y ocho tomos de historia, tres o cuatro de versos, diez o doce de novelas, tres o cuatro de viajes, de discursos, de estudios jurídicos, memorias y polémicas... Puede Colombia estar orgullosa a justo título de dos hombres jóvenes aún pero cuya reputación de sabios y profundos literatos ha salvado los mares, extendiéndose a la península española. El primero es Miguel Antonio Caro, el segundo Rufino J. Cuervo.

Resumiendo, una sociedad culta, inteligente, instruida y característica, que se ha refugiado en las alturas, huyendo de la penosa vida de las costas, indemnizándose, por una cultura in-

telectual incomparable, de la falta completa de progresos materiales. Es por ciento curioso llegar sobre una montaña, por sendas primitivas en la montaña, durmiendo en posadas en la Edad Media, a una ciudad de refinado gusto literario, de exquisita civilidad social y donde se habla de los últimos progresos de la ciencia como en una academia europea.

El geólogo alemán Alfred Hettner que visitó la ciudad por la misma época fue menos benévolo. En sus notas de viaje escribió a propósito de la élite intelectual bogotana:

La gran mayoría de los colombianos cultos desconoce el sentido de las ciencias, careciendo de entendimiento para ellas. No obs-

tante, fingiendo su más vivo interés, no tienen inconveniente alguno en participar en las discusiones sobre tópicos de toda clase, a pesar de desconocerlos, pareciéndoles incomprensible que el extranjero admita con franqueza su ignorancia en determinadas materias. En esta misma actitud de pretender saberlo todo y meter baza de lo imposible, lo revela sin lugar a dudas toda su falta de comprensión y aprecio por lo serio, lo mismo que su interés y respeto por la ciencia. Envía de ejemplo ilustrativo de su grado de penetración en el movimiento científico, permítaseme mencionar que para ellos Flanmario y Julio Verne van a la cabeza de los naturalistas. Tan sólo determinadas personas tienen un marcado interés en



progresar en su entendimiento científico, siendo ellos, fuera de los ya mencionados (Triana, Cuervo, Uricoechea), Liborio Zerda, Francisco Bayón, Miguel Antonio Caro, Salvador Camacho Roldán y algunos otros.²³

EL SIGLO XX

Hacia fines del siglo XIX, Bogotá contaba con 128.000 habitantes. Para la misma fecha el historiador Daniel Ortega Ricaurte informa que la capital tendría 710 casas altas, 3.700 bajas, 4.700 tiendas y 900 casa pajizas en los suburbios. En total 10.050 edificaciones. Para la misma época había sido dotada de acueducto con tubería de hierro, alcantarillado, alumbrado eléctrico y servicio de teléfonos.²⁴

A comienzos del presente siglo, terminada la última contienda civil del país, la ciudad se benefició con la estabilidad política y el espíritu progresista de la administración del General Rafael Reyes. La celebración del primer centenario de la Independencia nacional sirvió de ocasión para mejorar los servicios públicos y embellecer sus calles, parques, plazas y jardines. Hicieron entonces su aparición, *en los sectores* residenciales de las clases medias y altas, las villas de estilo italiano y, en la zona central, las mansiones afrancesadas. Al terminar la primera guerra mundial contaba con una población de 143.993 habitantes y en sus calles aparecían los primeros automóviles y el tranvía eléctrico.

En los primeros años de la década de 1920 a 1930 Colombia recibió un fuerte

impulso hacia la modernización de su economía y de su vida social. La indemnización pagada por los Estados Unidos por la segregación de Panamá, los empréstitos externos y las inversiones extranjeras en hidrocarburos, estimularon las actividades comerciales e industriales. Bogotá fue uno de los centros urbanos que directamente se aprovechó de las nuevas circunstancias. Las reformas administrativas y financieras de 1923 la convirtieron en el más importante centro burocrático y bancario del país. La depresión económica mundial de 1930 detuvo su ritmo de crecimiento, pero la recuperación de los años siguientes fue para la capital el comienzo de un período continuo de transformaciones demográficas, urbanísticas y económicas.

Por estos años también comenzaron a cambiar su arquitectura y paisaje urbano. Al margen de una gran actividad constructora y gracias a la obra de algunos arquitectos innovadores como el chileno Julio Casanovas se introdujeron nuevos estilos, nuevos materiales y nuevas técnicas de construcción. Hicieron entonces aparición los edificios de varios pisos, de formas geométricas rectangulares y amplio uso del vidrio y el cemento. La fundación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional en 1936 intensificó el movimiento de renovación y Bogotá se convirtió en un gran centro de experimentación arquitectónica que le ha dado un abigarrado estilo urbano en el que el perfil tradicional de la ciudad andina de fisonomía hispánica casi ha desaparecido. Al lado de sectores residenciales construidos en el más puro estilo Tódor inglés,

han aparecido sucesivamente el cubismo y el funcionalismo de la escuela de Le Corbusier, el neo-clacisismo de Perret, el naturalismo de Wright y el organicismo de Bruno Zevi.²⁵

En los años posteriores a la segunda guerra mundial el ritmo de cambio de Bogotá, ha sido uno de los más rápidos entre las capitales de América. En primer lugar, se ha convertido en una importante ciudad industrial, la primera de Colombia por el número de establecimientos fabriles, por la magnitud del mercado y por el

“Bogotá sigue siendo no solo el primer centro administrativo y político de Colombia, sino también su capital cultural. Es todavía la gracia, el buen hablar y la preocupación humanística que un día le dio el nombre.”

²³ Alfred Hettner, *Viajes por los Andes Colombianos, 1882-1884*, Bogotá: Ed. Banco de la República, 1976, p. 124.

²⁴ Ortega Ricaurte, op. cit. ²⁵

²⁵ Martínez, op. cit.

número de empleados y obreros que en 1964 llegó a la cifra de 400.000 personas ocupadas en la actividad industrial y comercial sólo del sector privado. Su población, por otra parte, se ha duplicado en el lapso de 20 años, por crecimiento interno y sobre todo por las continuas migraciones procedentes de la provincia colombiana. Durante los años de intensa conflictividad política y social que vivió el país en el decenio de 1950 a 1960, se calcula que la ciudad recibió cerca de 360.000 inmigrantes. Desde entonces el flujo de población ha continuado constante, dando lugar a complejos problemas urbanísticos y sociales. Su población, que en 1960 se acercaba al millón de habitantes, se estima en tres millones para 1973. El área urbana se ha extendido en proporciones desmesuradas y en sus periferias han surgido las enormes barriadas de formación espontánea, habitadas por poblaciones que la ciudad no alcanza a asimilar en su economía ni a beneficiar con servicios de transporte, vivienda, educación y sanidad. Bogotá, sin

embargo, ha sabido responder a este reto social. Posee hoy una de las más valiosas experiencias en materia de política de vivienda popular, que ha tenido expresiones espectaculares como la construcción de la Ciudad Kennedy, levantada en el corto lapso de cinco años para albergar a 100.000 habitantes.

Tan inusitado crecimiento tampoco ha hecho perder a Bogotá su espíritu tradicional ni los rasgos psicológicos y culturales que le dieron carácter a sus habitantes. Bogotá sigue siendo no sólo el primer centro administrativo y político de Colombia, sino también su capital cultural. Es todavía la cuna del ingenio, la gracia, el buen hablar y la preocupación humanística que un día le dió el nombre de Atenas Suramericana. Sus museos, sus bibliotecas, sus universidades y centros educativos, su prensa, sus cachacos -que aún existen-, hasta sus niños vagabundos llamados *gamines* en el habla popular, la sensibilidad democrática y civilista de sus habitantes, en fin, dan

testimonio del espíritu de una ciudad que en cuatrocientos años de historia acuñó una de las personalidades urbanas más originales de hispanoamérica.

NDA : Este ensayo sobre Bogotá fue escrito en 1976 con destino a un libro sobre ciudades de América que bajo la dirección de José Luís Romero aparecía en Buenos Aires. Hasta donde llega la información del autor, el libro no fue editado.